



Fabián Soberón
Edgardo H. Berg
 Yerba Buena: La Papa / Pablo Gerardo Donzelli
 2021
 42 páginas

PALABRAS CLAVE: NOMBRE PROPIO – LITERATURA – FICCIÓN
 KEYWORDS: NAME – LITERATURE – FICTION

Sobre *Edgardo H. Berg*, de Fabián Soberón

Nancy Fernández¹

¿Qué tendría de particular un libro de cuentos titulado con un nombre propio? ¿Cuáles son los motivos que pueden justificarlo? ¿Por qué se elige ese lugar capital? Cifrando un punto de partida, podría pensarse en un doble estatuto: o los relatos giran en torno del “personaje” que designan, o el nombre consigna el misterio de una firma, que promete plantear más de un problema. *Edgardo H. Berg* es el nuevo conjunto de ficciones cuya rúbrica pertenece a Fabián Soberón. De ahí en más, los cuentos y las atribuciones se suceden cambiando locutores y destinatarios entre Berg, Serna, Carlos Escudero y Soberón. Y en ese abanico de fabuladores, comienza el pretexto de una distancia irónica que se aventura en un falso

¹ Docente e investigadora en Literatura y Cultura Argentina en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigadora Independiente en CONICET. Magister en Letras Hispánicas por la UNMdP y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de la Plata. Entre otros trabajos, es autora de *Narraciones viajeras. César Aira y Juan José Saer* (2000); *Experiencia y escritura. Sobre la poesía de Arturo Carrera* (2008); *Poéticas impropias* (2014); *Vanguardia y tradición en la narrativa de César Aira* (2016); *Alfonsina Storni. Antología poética* (2018); *Ensayos críticos. Violencia y política en la literatura argentina* (2020); ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas. Mail de contacto: naferna66@yahoo.com.ar.

proceso jurídico por una autoría en disputa. Agitando la intriga entre los supuestos improbables y las “referencias” verídicas, los marcos textuales inscriben la tensión de los interrogantes en torno a la subjetividad aludida como identidad robada. Porque es Berg quien escribe el prefacio exponiendo los sentidos onomásticos del libro: el signo que refrenda la autoría del prólogo, el título de un libro de cuentos. Sin embargo, la marca de la certeza registrada evita la garantía de exactitud y semejanza por la eficacia estética de una figuración central: la del cuentero. Es allí donde se emplazan las zonas de un diálogo implícito entre Soberón y Berg (referido como quien escribe el prólogo, o entrecomillado cuando protagoniza la serie de relatos en torno al humor y al sobreentendido). De esta manera, los pasajes del personaje-narrador entre los distintos grados de lo verídico y la verosimilitud, van a potenciar el desplazamiento entre quién habla, quién escribe y sobre quiénes se habla, con el acento vacilante de una diferencia, cuyas condiciones son exhibidas y tergiversadas. Si el autor del libro incluye con deliberación la inicial “H”, de eso trataría una primera escena donde el portador se obstina en preservarla como caución identitaria. De este modo, el libro de cuentos arma un sistema de enunciación donde el introito funciona como alegato (falso) en primera persona, como acusación (apócrifa) en tercera, una máquina ficcional donde los motivos del anecdotario van a inscribir el sentido “verdadero” de una auténtica mística narrativa.

Martín Pérez Calarco acertaba en señalar un eco casi inmediato con algunas cuestiones trazadas en *Los misterios de Rosario*; aunque es claro que Aira disolvía inmediatamente el afuera y el adentro de la textualidad, la dotación verídica de los referentes se consumaba en la neutralidad de sus límites, bordeando el artificio estético y el simulacro de una simplicidad real y cotidiana generada por la transmutación acelerada. En este último libro, Soberón extrema la apuesta con la colocación central de un nombre certificado por la irrefutabilidad de las actas civiles. Pero un nombre que inscribe su condición verídica, en la afinidad documentada por quien llamándose como el título del libro, ejerce la docencia universitaria, investiga y escribe sobre literatura argentina. Edgardo H. Berg es algo más que un personaje centralmente temático, como lo es el ensayista rosarino en la ya clásica novela airana. En el texto de Soberón, su personaje funciona como pretexto literal, relator mediado y materia de los diálogos peripatéticos a través del cual, el autor elabora la acústica de una oralidad narrativa, los tonos y registros escuchados para implantar la excusa de contar vidas y recobrar pasados. Hasta ahí, la potencialidad, literalmente significativa, que genera el trazo del prólogo. Pero mientras tanto, a medida que Soberón destraba los bordes de la textualidad y Berg asume el carácter de “personaje”, los contornos acentúan la condición ficcional de la grafología. Soberón recrea, entonces, las condiciones pasadas en las que recibió la motivación del acto de contar historias y sobre todo, el estado embrionario por el cual, la conversación puede volverse infinita. Escritura y relato celebran la ocasión de la cita, del encuentro o mejor, de la coincidencia, en cuyo ínterin de viajes y comidas, el personaje-narrador habla y cuenta

poniendo en movimiento la cinta de Moebius que es su memoria o, lo que es igual, la manipulación lúdica de los datos. De la infancia al presente, de la literatura a la política, de la cultura a la sociedad, de una ciudad a otra. Entre máscaras que disfrazan más de un nombre, lo verdadero y lo falso atenúan su impronta categórica para dar sitio al acto de narrar con los personajes, describir con precisión de orfebre y sobre todo, dialogar en la utopía que restaura el instante del recuerdo y del tiempo ameno de la amistad. Sibelius y el mar, la música y el casino, John William Cook y Tarkovski, genealogías sin pruebas y orígenes familiares remotos, son excusas que sostienen la conversación y la escena comunitaria de los afectos que perduran. ¿Y cuál podría ser, sin embargo, la causa de la extrañeza ante un libro que rezuma su condición de fabricación literaria? *Edgardo H. Berg*, título de un libro y forma jurídica de una existencia que algunos podemos testificar, dispara más de un asombro amenizado en la singular destreza narrativa de Soberón. La serie de relatos interrumpe así las curiosidades y dudas remilgadas por la incertidumbre que todavía, al parecer, confina las auto-bio-grafías, al falso crédito de la autenticidad entendida como la empiria ciega de un orden fáctico. Porque aún hoy, después de vastos recorridos por la literatura entre autonomías y posautonomías, entre márgenes sin centros de textos “despojados” y alivianados de los imperativos de las “bellas letras”, el título del libro descubrió la inextinguible estela de perplejidad ante un interrogante: ¿Quién habla en los relatos?, ¿de quién se habla? O, en todo caso ¿por qué? Un testimonio sarmientino, la charla amena con Rosas, cruzan la línea del acontecer con el observatorio astronómico de Eichman y la visita tucumana de Ortega y Gasset. Gustav Mahler y Alban Berg sintonizan la pasión innegociable que la música comparte con el cine y la literatura. En un libro de pistas donde lo cierto y lo falso anulan la eficacia de legitimación positiva, autonomía y postautonomía señalan la crisis de las convencionales fórmulas de la creación literaria. Es allí donde la escritura muestra el riesgo de esquivarlas poniendo en primer plano las zonas de contravención: firmas, nombres propios. Son los bordes del relato los que, impostando el desacato, llaman al juego a los factores de las legalidades y los menesteres institucionales. Porque si los marcos advierten el problema de los sistemas de la producción y del consumo de literatura, el transcurso de la escritura promueve el olvido de la polémica, invitando al placer que regalan los ecos de las historias, perdidos en los tiempos de inicios improbables. El último libro de Fabián Soberón afecta reglas, permisos y sanciones, para reinstalar un debate acerca de lo que es literatura y lo que no, sacudiendo prescripciones y acuerdos, mecanismos y funciones. Se trata de hacer literatura con las cartas mezcladas sobre la mesa, haciendo sonar la música de la narratividad en su posibilidad específica, y el lugar de lo publicable y lo legible del nombre propio. El gesto definitivo que provoca el sismo de un andamiaje: el del previsible circuito literario en procura de su comodidad.